

# OTORGAMIENTO DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA

*María Eugenia Dubois*

En ocasiones como esta, que se recibe la máxima distinción a la que se puede aspirar en el mundo académico, como es un Doctorado Honoris Causa, resulta difícil encontrar las palabras que puedan expresar la gama de sentimientos que se experimentan. Recorro, por eso, a las más simples, las más comunes, pero profundamente sentidas; gracias, muchas gracias a las autoridades rectorales, al Consejo Universitario y, en especial, a mis colegas de la Facultad de Humanidades y Educación que con su generosa propuesta hicieron posible el otorgamiento de un grado que me honra y colma de orgullo.

Al aceptar este inmenso honor, que nunca creí merecer, siento el impulso de volver la mirada atrás para apreciar, una vez más, lo mucho que he recibido de Mérida y de su Universidad de Los Andes desde que pisé el suelo venezolano hace 38 años. De ambas recibí, sin duda, mucho más de lo que haya podido darles.

Las muestras de afecto y de amistad que recogí a poco de llegar a esta entrañable ciudad, mitigaron muy pronto los sentimientos de soledad y desarraigo que me acompañaban estando lejos de la familia y de la tierra. Y el grupo de amigos que se conformó a partir de ese momento, integrado por personas tanto de la Universidad como ajenas a ella, fue desde entonces, y para siempre, mi solaz y mi refugio.

Cuando comencé mi labor en la Facultad de Humanidades y Educación y en particular en la escuela de Educación, tuve el privilegio de dar con un maravilloso grupo de colegas, más que colegas,



amigos, que asumieron el mismo compromiso y con cariño y lealtad me apoyaron y secundaron en todos los proyectos.

No fui menos privilegiada en el trato con la distintas autoridades, tanto de la Universidad como de la Facultad y la Escuela, que se sucedieron a lo largo de los años, quienes, sin excepción, me dieron la confianza y el estímulo necesarios para que me atreviera, respaldada por mis colegas de la Escuela, a presentar y llevar adelante nuevos programas académicos.

Todas las puertas de la Universidad de Los Andes estuvieron siempre abiertas para mí y al trasponerlas nunca dejé de encontrar aliento, simpatía, cordialidad, apoyo y comprensión, además de respeto y consideración, elementos todos que me hicieron, y me hacen todavía, tan grata la convivencia universitaria.

La Universidad me dio también muchos maestros, entre los que incluyo a mis estudiantes, quienes me llevaron a descubrir mis errores y a corregir mis fallas, aunque estos últimos no siempre con el éxito que ellos y yo hubiéramos deseado.

Cuando reflexiono acerca de cómo viví mi papel de profesora debo decir que lo hice con mucho miedo. Algo que quizá ignoran mis estudiantes es que nunca entré a clase sin sentir mariposas en el estómago, presa de eso que llaman “pánico escénico”. Me había preparado para enseñar y creía, ingenuamente, que en los niveles universitarios bastaba con tener un amplio conocimiento de la materia, que era preciso tratar de transmitirlo de la mejor manera posible y que había que evaluar en los estudiantes el resultado de esa enseñanza.

Por lo tanto, al principio, era miedo de no dominar lo suficiente la materia que debía enseñar, de no tener respuesta para las preguntas que me formularan, de no estar a la altura de lo que se esperaba de mí.

Más tarde, cuando la experiencia, el estudio y la reflexión continuos me llevaron a tomar conciencia de la profunda diferencia entre enseñar y educar, fue otro el miedo y fue mucho mayor. Yo enseñaba en el sentido de transmitir lo que creía conocer,

pero ¿estaba, además, educando a mis estudiantes? Es decir, ¿estaba tratando de guiarlos no solo en su formación como profesionales, sino también en su formación como persona interesadas en descubrir y desarrollar sus potencialidades, capaces de actuar éticamente en todos los órdenes de su vida, de ser dueños de su mente y tomar decisiones con libertad y criterio propio en las situaciones públicas y privadas, de respetar al otro en la convivencia y de respetarse a sí mismos?

¿Estaba guiándolos para no ser conformistas, para tener la capacidad de defender sus convicciones, para mejorar sus circunstancias y hacer de ellas un bien compartido?

¿Estaba contribuyendo a alimentar en ellos el sentido de la propia realización, el valor de la autocrítica, el deseo de seguir aprendiendo, el empeño en mantener la honestidad intelectual tanto como la personal?

No lo sé, no estoy segura de haber sabido actuar de manera que mis estudiantes llegaran a ver en mí a una profesora que intentaba algo más que transmitir conocimientos.

De lo que sí estoy segura es de que traté de desempeñar mi papel de la mejor manera posible y a pesar de que las dudas no me abandonaron, ni siquiera al final del camino, debo confesar que también recogí enormes satisfacciones en el desarrollo de mi labor, la máxima de las cuales estoy experimentando en este momento.

Y algo de lo que estoy igualmente segura es de que si se me concediera vivir otra vida querría vivirla otra vez en Mérida, ser otra vez docente en esta Universidad de Los Andes y tener otra vez a mi lado al mismo grupo de colegas y amigos.

Gracias a todos  
María Eugenia Dubois  
Mérida, 6 de mayo de 2005